

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (28 de agosto)

I. Dos testimonios cualificados



- Del Martirologio Romano

Memoria de san Agustín, obispo y doctor eximio de la Iglesia, el cual, después de una adolescencia inquieta por cuestiones doctrinales y costumbres libres, se convirtió a la fe católica y fue bautizado por san Ambrosio de Milán. Vuelto a su patria, llevó con algunos amigos una vida ascética y entregada al estudio de las Sagradas Escrituras. Elegido después obispo de Hipona, en África, siendo modelo de su grey, la instruyó con abundantes sermones y escritos, con los que también combatió valientemente contra los errores de su tiempo e iluminó con sabiduría la recta fe (+ 430).

- Del especialista en teología espiritual, B. Jimenez Duque:

Fue un hombre interior, un santo, un místico experimental en el sentido riguroso de la palabra (cf *De Gen. ad litt.* XII). Más que el famoso éxtasis de Ostia, su vida, *Confesiones* y confidencias a lo largo de sus escritos lo prueban. Por psicología y por gracia de Dios tenía el don de lágrimas, que desahogaban en lo posible los sentimientos de su corazón de fuego. La mística posterior le debe sus orientaciones más seguras y sus frutos más sabrosos. La cultura occidental es, se quiera o no, cristiana en cuanto a la religión; filosóficamente, en buena medida, platónica (Victorinos, san Buenaventura, el mismo santo Tomás en gran parte, el idealismo moderno, Newman... son inexplicables sin Platón), estéticamente virgiliana. La figura exponencial de esas tres dimensiones es san Agustín, cuyo eje es cristiano: «Te amo, Señor, con toda certidumbre. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé... Pregunté al cielo, a la tierra y al mar: «Decidme algo de Él». Y me gritaron: «Él nos ha hecho» (*Conf. X. 6*).

II. Oigamos ya al insigne maestro Agustín

Habiéndome convencido de que debía volver a mí mismo, penetré en mi interior, siendo tú mi guía, y ello me fue posible porque tú, Señor, me socorriste. Entré, y vi con los ojos de mi alma, de un modo u otro, por encima de la capacidad de estos mismos ojos, por encima de mi mente, una luz inmutable; no esta luz ordinaria y visible a cualquier hombre, por intensa y clara que fuese y que lo llenara todo con su magnitud. Se trataba de una luz completamente distinta. Ni estaba por encima de mi mente, como el aceite sobre el agua o como el cielo sobre la tierra, sino que estaba en lo más alto, ya que ella fue quien me hizo, y yo estaba en lo más bajo, porque fui hecho por ella. La conoce el que conoce la verdad.

¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Y, cuando te conocí por vez primera, fuiste tú quien me elevó hacia ti, para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo. Y fortaleciste la debilidad de mi mirada irradiando con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de temor; y me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: «Soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no

me transformarás en substancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí».

Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti, y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino de la verdad, y la vida, y el que mezcla aquel alimento, que yo no podía asimilar, con la carne, ya que la Palabra se hizo carne, para que, en atención a nuestro estado de infancia, se convirtiera en leche tu sabiduría por la que creaste todas las cosas.

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de tí aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti. *Del libro de las Confesiones. Libro 7, 10, 18, 27*

III. Así lo celebra la Liturgia

Prefacio.. él, enamorado de la verdad y herido por el dardo de tu palabra, vivió continuamente en busca tuya, para encontrarte más dulcemente deseable y para seguir buscándote con mayor avidez. Como buen pastor, se esforzó constantemente en formar a tu pueblo fiel a imagen de tu Hijo, y lo cuidó con saludable diligencia. Instituyó comunidades religiosas, cuya forma de vida consistía en que todas las cosas fueran comunes para todos, teniendo una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Proclamando incansablemente, con su predicación y sus escritos, el mensaje de la salvación eterna, fomentó la unidad de la paz y la fraternidad de la Iglesia. (*Misal agustiniano, 52*)